

CADA MINUTO A SU LADO

Tomado del diario de Dante García:

3 de marzo de 2019:

Decidí empezar a escribir este diario porque hace dos semanas mi vida cambió; es más preciso decir que se vino abajo. Para poner todo en contexto primero tengo que describir mi vida, lo que puede ser un tanto aburrido al inicio, pero es preciso.

Soy ingeniero, trabajo en una empresa de inteligencia artificial y tengo un buen sueldo. No seré modesto, por lo que es preciso decir que no soy tonto; es más, mis títulos no caben en una sola pared. Y creo que esa inteligencia fue lo que enamoró a Valentina, mi amada. Creo que fue la inteligencia porque físicamente no soy muy atractivo, no soy muy alto y no tengo muchos músculos. Soy «normal» físicamente. Compré un apartamento el año pasado y ahora vivo con ella. No estamos casados, pero igual nos consideramos marido y mujer.

Ella es hermosa, aunque en verdad no lo es tanto. A mis ojos es perfecta por sus imperfecciones. No parece una modelo, pero su piel blanca me parece de porcelana. Su cabello negro, aun acabada de levantar, me parece que brilla con la luz del amanecer, y odio cuando menciona que quiere cortárselo o tinturarlo. Sus dientes son blancos, sus ojos mieles y hermosos, como soles puestos en una estatua de mármol. Sus labios son rojos, su nariz respingada y tiene pequeñas pecas bajo los ojos, imperceptibles desde lejos. Sus manos son delicadas y su voz me arrulla, me calma, me enamora. Es delgada, aunque ella se queja de algunos «gorditos» que yo no veo, y no le gustan sus estrías, aunque a mí no me importan en realidad.

Así la describo yo, que estoy enamorado de ella; pero puede fácilmente pasar por la calle desapercibida. Incluso, puedo asegurar que al mostrar su foto las personas no ven a quien yo veo; pero no me importar, porque debe gustarme a mí (aunque me alegra que por lo menos no la tilden de fea, pues, aunque no sea una reina de belleza, gusta a las personas).

Ahora bien, la conocí por una amiga en común. Al principio me pareció atractiva, pero no como para rogarle. Sin embargo, apenas empecé a hablar con ella quedé encantado. Es inteligente, muy inteligente, y no me refiero a saber de física cuántica o matemática aplicada, me refiero al gusto por aprender, a su forma de hablar, a su evidente astucia al tratar bien a las demás personas, halagándolas y haciéndolas sentir importantes, incluso alegres. Me preguntó sobre mi trabajo, que en verdad es aburrido para la gran mayoría de las personas; pero ella me preguntó con genuino interés sobre temas relativamente específicos. Ese mismo día me dio su número, y desde allí empezamos a chatear todos los días.

La verdad no estaba convencido en involucrarme con ella, pues me gustaba mi soledad; pero una vez en que enfermó y ella llegó a mi casa con unas simples aspirinas bastó para quedar completamente enamorada de ella. Tengo que aclarar que, para ese entonces, ella vivía al otro lado de la ciudad, casi dos horas en un bus. Ella hizo ese viaje, estuvo conmigo sólo dos horas, meciéndome el cabello y «cuchareándose» una sopa de microondas. Ella se demoró más tiempo

en los buses que en mi casa. Eso me convenció que no encontraría otra mujer así. Y, después de algunas salidas más empezamos una relación, hasta finalmente terminar viviendo juntos.

Hemos estado viviendo durante seis meses. Ella trabaja en la parte contable. Tiene un buen sueldo, lo suficientemente bueno para sus gastos, pues yo prometí encargarme de todos los gastos de la casa. Y, aun trabajando, ella, todavía enamorada, llega casi todos los días a hacer la comida y dejar los almuerzos listos para el día siguiente. Y siempre se levanta antes que yo para hacerme el desayuno. Ella cocina delicioso. Además, mi ropa siempre ha estado impecable gracias a ella. Mi ínfima ayuda es lavar los platos; pero ella no se queja, por el contrario, parece feliz de hacer los quehaceres. Esto es porque de pronto siente que yo los hago mal... y si yo barro y trapeo ella vuelve a hacerlo porque no le gustó como yo lo hice. Así que, en vez de ayudar, ayudo más sin ayudarla. Son temas personales de pareja que me hacen sonreír, y me hacen seguir adelante. Durante estos seis meses ha sido la mujer perfecta, y creo que he de pagarle de alguna manera.

Ya aclaradas nuestras vidas, puedo empezar a contar el motivo por el cual empecé este diario. Hace aproximadamente dos semanas Valentina sufrió de una fiebre alta. Inicialmente ambos pensamos que era un simple resfrío y una fiebre inofensiva. Ella estuvo en cama por el fin de semana y yo me dediqué a darle algunas pastas para dormir y a comprar comida para que ella descansara. Incluso aprendí a hacer aguapanela con limón, (nunca había hecho), pues creí que a ella le sentaría bien (era lo que me daban de niño cuando enfermaba).

Pasó el sábado y el domingo, y ella pareció tener una leve mejoría. El lunes fue a trabajar, pero me llamó a mediodía a decirme que iba al médico, pues aún se sentía un poco mal. Al llegar esa noche me contó que el médico simplemente le había recetado algunas pastillas y le había dado una incapacidad para que descansara. Así que se acostó. Yo fui a prepararle su aguapanela con limón, y cuando volví ella me miró cansada y con el cabello enjugado por el sudor.

-Gracias, amor -dijo.

-No te preocupes, mejor descansa -le dije.

Pero entonces ella miró sobre mí y añadió: -Pero me da pena dormir frente a la señora.

Yo simplemente no entendí en el momento. -¿Cuál señora? -pregunté.

-La señora que está detrás de ti -respondió Valentina.

Yo miré toda la habitación, pero no había nadie. -Amor, estamos solos los dos -dije.

Pero ella meneó la cabeza. -No, amor, esa señora que está de pie detrás de ti. La de vestido azul -insistió con tanta vehemencia que incluso me asusté. Pero entonces pensé que quizás era una alucinación a causa de la fiebre (aunque yo nunca tuve alucinaciones).

Así que le dije: -No te preocupes, mi vida, yo le digo a la señora que se retire.

-Sí, por favor. Es que parece molesta conmigo -dijo.

Le toqué entonces la frente y me di cuenta que estaba ardiendo. Así que le di un beso en la cabeza y la arropé. -Descansa -le dije, y me apresuré a preparar todo para el día siguiente. Pedí pizza para llevar de almuerzo y dejarle a ella. Tuve que aprender esa noche a planchar una camisa, y supe lo

tedioso que es hacerlo, de hecho, lo hice muy mal; pero si mantenía el saco puesto nadie lo notaría en la oficina. Pero mientras lo hacía escuché un grito espeluznante, un grito de terror proveniente del cuarto. Subí de inmediato y vi que Valentina gritaba como si hubiera visto un fantasma. Ya eran casi las diez de la noche, por lo que me preocupó que los vecinos escucharan y pensarán lo peor.

-¡Amor, cálmate! -le pedía mientras la abrazaba.

Pero ella parecía no entender lo que decía. Simplemente gritaba con toda la fuerza de sus pulmones, mientras todo su cuerpo temblaba. Yo empecé a impacientarme, y debo admitir que más por el bienestar de los vecinos que por la salud de ella.

-¡Valentina, por favor, no grites más! -exclamé mientras la seguía abrazando.

Ella parecía estar sorda. Así que, incapaz de callarla, simplemente le tapé la boca. Pensé que me iba a morder, pero sólo insistió un poco, se sacudió sin fuerzas y finalmente dejó de gritar. Yo, sin preguntarle nada, simplemente empecé a mecerle el cabello negro, hasta que quedó dormida. En ese momento pensé que las alucinaciones eran las culpables, y pensé en llevarla por urgencias; pero debo ser sincero, me dio física pereza. Sólo pensé en que tenía que trabajar mañana, que tenía que levantarme más temprano para hacer el desayuno de ambos. Incluso, me justifiqué pensando que no era una urgencia y que simplemente le darían unos medicamentos. Finalmente acabé de planchar la camisa y me acosté a dormir al lado de Valentina.

A eso de las dos de la mañana quedé sentado al escuchar de nuevo el grito de mi amada. Los alaridos rebotaban por todo el apartamento. No puedo negar la molestia que me dio, pues deseaba dormir bien para rendir en el trabajo.

-¡Valentina! -exclamé furioso.

Pero, igual que en el ataque anterior, ella no me escuchó. Estaba exhorta en su mundo de terror. Así que volví a abrazarla. La sentí muy caliente a causa de la fiebre. Entonces empecé de nuevo a mecerle el cabello, mientras le susurraba que se tranquilizara. Ella se calmó entonces, y finalmente pudo conciliar el sueño. Yo me quedé despierto un poco más, mirando el reloj de pared, incómodo y molesto por no poder dormir bien. Pero entonces miré el rostro de Valentina y caí en cuenta que estaba sufriendo. Así que le besé la frente, avergonzado conmigo mismo, y le acaricié la mejilla.

-Mañana vamos al médico -dije a su oído.

Y ella entonces pareció entenderme, y asintió, calmada, incluso sonriente.

Al día siguiente me levanté con mucha pereza, pues la noche no había sido placentera. Hice el desayuno entredormido y le llevé el desayuno a Valentina. Ella parecía de mejor semblante, pues se sentó y se sobó los ojos, despeinada, pero tranquila.

-Amor, discúlpame por lo de ayer. La verdad no sé qué me pasó. Simplemente me dio pánico y tuve la necesidad de gritar. Lo siento -dijo mientras miraba el desayuno con profundidad-, gracias por lidiarme -añadió.

Al escuchar esto olvidé toda incomodidad. -No te preocupes -dije aliviado-. Hoy vamos al médico apenas vuelva del trabajo.

Y ella asintió.

El día fue normal en el trabajo. Y cuando llegué a la casa efectivamente fuimos al médico. Como fuimos por urgencias, y no era una urgencia, nos tuvieron esperando tres horas en la sala. El aburrimiento me ganaba a veces, pero al verla allí, sentada cabizbaja, ensimismada y un poco deprimida, olvidaba el aburrimiento y, en vez, la tomaba de la mano y le daba un beso. Cuando finalmente nos atendieron, simplemente nos dieron unos somníferos para que pudiera conciliar el sueño. Lastimosamente la cita con el especialista fue agendada para una semana después.

Pero en verdad de nada han servido esas drogas. Durante la última semana Valentina ha tenido tres ataques. En el último escuché golpes en la pared proveniente de los vecinos. Incluso ya me llegó una citación de la administración del conjunto pidiéndome que no hiciera ruidos a altas horas de la madrugada. Cuando recibí la notificación me sentí avergonzado, y llegué a la casa con la firme intención de recriminar a Valentina; pero mientras caminaba hasta la casa suspiré y pensé con más calma. «Ella no tiene la culpa, y aunque me molesta la situación, es temporal mientras la ve el especialista», me dije. Entonces abrí la puerta y la vi, hermosa pero notablemente cansada. Tenía el rostro agachado y colorado, pero no por la fiebre, sino por la vergüenza.

-¿Te dijeron sobre la notificación? -preguntó.

Y yo asentí. -Sí, me la acaban de dar -dije.

Ella crispó las manos y tomó con fuerza la parte baja de su blusa, como una niña pequeña esperando un regaño. Esta reacción me causó un vacío en el estómago. Incluso se me complicó la respiración. Así que me acerqué a ella y la abracé.

-No te preocupes. Sé que no es tu culpa. Tengamos paciencia -le dije.

Entonces ella recostó su cabeza en mi hombro y se le salieron las lágrimas de los ojos. -Estoy apenada con los vecinos, con el administrador del conjunto, y contigo -dijo.

Yo simplemente le acaricié la cabeza mientras la abrazaba con fuerza. -Tranquila. En unos días tendremos la cita con el especialista. Además, no es muy grave. Lo peor que pensarán es que yo te maltrato o... que la pasamos muy bien...

Ella entonces soltó una risa. -Sí, tienes razón -dijo mientras se secaba las lágrimas de las mejillas.

Y yo añadí: -Son sólo gritos. Es más importante tu salud-. Aunque la verdad sí me preocupaba mucho la situación con los vecinos.

Mañana tendremos la cita con el especialista. Espero que todo salga bien, pues la verdad cada ataque de Valentina me roba la tranquilidad, y la tranquilidad es la felicidad.

4 de marzo de 2019:

He confiado siempre en los médicos, pero el especialista parecía un poco desconcertado. Me dio la impresión de que no entendía cuando Valentina simplemente le decía: «Me da pánico y me dan unas ganas incontenibles de gritar, y aunque estoy consciente que estoy gritando no puedo detenerme». El médico simplemente le recetó algunas drogas. Le contamos que los somníferos no

habían funcionado, así que él recetó otros más potentes. Llegamos a la casa esperanzados que todo había terminado. Incluso fue ella quien hizo la comida. Me sentí feliz.

5 de marzo de 2019:

Recibí una llamada de un número desconocido. Apenas contesté supe que algo estaba mal con Valentina. Era una compañera de trabajo de ella, y decía que era necesario que fuera de inmediato a su oficina. Pregunté si estaba bien y ella me dijo que sí, pero que se comportaba extraño. Pensé que era un nuevo ataque, así que tuve que pedirle permiso a mi jefe. Él aceptó sin problema, con el compromiso que no debía dejar atrasar el trabajo.

Salí apresurado, y como no tengo auto, tomé un taxi con el dinero de mi almuerzo, (la llamada fue antes de mediodía), y me fui para la oficina de Valentina. Apenas llegué me recibió una jovencita.

-Menos mal llegaste. Ella no se siente bien. Se encerró hace rato en el baño -dijo.

-¿Está bien? -pregunté.

Y ella, llevándome por un pasillo, asintió. -No es grave, pero no es normal -dijo mientras tocaba la puerta de un baño-. Valentina, ya llegó tu novio -dijo.

Al principio no hubo respuesta.

--Valentina -dije pegado a la puerta.

Entonces ella salió, cabizbaja. La miré asombrado, y sentí una mezcla de rabia con tristeza. Ella se había cortado la mitad del cabello negro, ese cabello negro y brillante que identificaba desde el otro lado de la calle. No se había rapado, pero se había cortado la parte izquierda del cabello hasta la altura del cuello. Lo que me decía su compañera era verdad: No era grave, era sólo cabello; pero no era normal.

Apreté los dientes mientras sentía la mirada inquisidora de todos los de la oficina en mi espalda, y entonces suspiré, pues ella ni siquiera levantaba la mirada para verme a los ojos. Estaba pálida y asustada. Lo supe porque temblaba.

Entonces la rabia se fue de repente, la abracé y le dije: -No te preocupes amor, todo está bien. Vamos y que te hagan un corte bonito.

Y ella, sin mirarme a la cara, asintió y salió conmigo de la oficina.

Una de las compañeras me dio su bolso, pues se me había olvidado por completo, y dijo: -No te preocupes. La jefe me dijo que se tomara una licencia de dos días. La idea es que se mejore.

Yo le sonreí a la joven y asentí. -Muchas gracias -dijo, y tomé otro taxi para llevarla a la casa. Tuve que pedirle al taxista que me rebajara dos mil pesos porque la verdad no había llevado efectivo conmigo. El taxista, al ver el estado ensimismado de Valentina, no me puso problema. Apenas entramos me apresuré a acostarla en la cama.

-Voy a mirar qué hay de comer. Ninguno de los dos ha almorzado y la verdad tengo hambre -le dije.

Ella meneó la cabeza entonces, y dijo: -No te preocupes por mí, no tengo hambre.

-¿Quieres algo de tomar?

Y ella volvió a menear la cabeza. -Me siento como una idiota -dijo cabizbaja.

De inmediato me senté a su lado. -¿Tomaste las pastillas? -pregunté mientras le tomaba la mano temblorosa.

Ella asintió. -No sé qué me pasa. De repente sentí que el cabello no era parte de mi cuerpo. Que me incomodaba, y no pude contenerme. Simplemente me sentí obligada a cortármelo. Ni siquiera quiero verme en el espejo. Debo parecer una loca... aunque creo que en verdad me estoy volviendo loca -dijo con una amargura profunda.

Yo le tomé la otra mano con fuerza y me puse frente a ella para que viera mi cara. -¡No estás loca! -exclamé mirándola a los ojos.

Ella abrió los ojos, sorprendida.

-Vas a estar bien. Vamos a estar bien. Esperemos que esa droga surta efecto. Por ahora descansa estos dos días. Llama a tu madre para que venga por el día y yo te cuido por la noche -dije. Entonces la abracé.

-Sé cuánto te gustaba mi cabello -dijo cabizbaja.

-El cabello volverá a crecer, pero mis instantes contigo son únicos -respondí desde el fondo de mi corazón.

Ella entonces me abrazó con fuerza, como si no quisiera que me fuera de su lado.

Bajé e hice arroz con huevo. La verdad tenía pereza de cocinar, y como Valentina no tenía mucha hambre no me fui de exigente con la cena. En este momento me preparo para irme a dormir. Mañana tengo el doble de trabajo por la licencia que pedí hoy. Pensar en eso me desconcierta, pero ahora que veo a Valentina durmiendo profundamente, con la respiración constante y las pestañas largas unidas, me doy cuenta que tengo que aguantar más. Ella merece que aguante más.

6 de marzo de 2019:

El día en la oficina estuvo muy movido, pues tenía mucho trabajo acumulado. Incluso tuve que quedarme una hora más porque no alcancé a terminar todo a tiempo. Cuando llegué a la casa vi que mi suegra le cortaba el cabello a Valentina. Me extrañé, pues normalmente vamos a un salón de belleza cercano. Cuando acabaron, cenamos (pues mi suegra había hecho la comida) y Valentina se tomó la droga para irse a dormir.

Cuando ella estuvo dormida, su madre me contó lo sucedido: Apenas llegaron al salón de belleza, Valentina se orinó en los pantalones, al parecer asustada por algo. Ella le contó a su madre que vio un fantasma horripilante apenas entró al salón de belleza que hedía e irradiaba un aura roja (una alucinación). Sólo su madre se dio cuenta del accidente, así que de inmediato salieron y volvieron a la casa. Lavaron los pantalones y se dispusieron a arreglar su cabello. Mi reacción inicial fue de alivio

al saber que nadie la había visto, pues en verdad me sentiría apenado al volver a ese salón de belleza; pero después de pensarlo un poco más, mi tranquilidad se volvió preocupación, pues era algo grave. Al parecer las drogas no estaban haciendo efecto, y, por el contrario, el comportamiento de Valentina estaba empeorando.

Mañana su madre volverá para cuidarla mientras yo no esté. La visita de mi suegra en verdad me dio un poco de alivio, pues me ayudó con mi ropa y con la cena. Al menos hoy puedo acostarme temprano y descansar un poco, pues la verdad estos días han sido agotadores. Pienso volver a sacar cita con el médico, aunque eso implique estar una hora en el teléfono con la oreja roja y escuchando música de fondo. Espero volver a la normalidad pronto.

7 de marzo de 2019:

Fue un día maravilloso. Valentina se levantó antes que yo y me hizo el desayuno. Estaba radiante. Su rostro brillaba y esbozaba una sonrisa alegre. Sus ojos mieles brillaban y su sonrisa curvaba sus labios rosados. Me fui muy feliz al trabajo, pues el verla animada influye en mi estado de ánimo. La llamé varias veces desde la oficina. Ella siempre me contestó contenta, diciéndome que se sentía mejor. Al parecer finalmente las drogas recetadas empezaban a hacer efecto.

Cuando llegué por la noche ella ya tenía la cena lista. Comimos y conversamos mucho sobre la situación actual.

-En verdad me hace feliz que estés conmigo -dijo mientras me tomaba de la mano.

Yo sonreí entonces. -Lo importante es que te mejores, que te sientas bien -dije-. Recuerda que la relación es recíproca, y si yo te hago feliz entonces tú me haces feliz. Me alegra tenerte de vuelta.

A ella se le iluminaron los ojos al escucharme. Entonces me dio un beso y me abrazó.

Hoy fue un buen día. Si los días siguen igual probablemente ya no sea necesario seguir con este diario.

10 de marzo de 2019:

Mis ilusiones se vinieron abajo. Fue un fin de semana terrible. Incluso la policía estuvo acá en la casa a causa de los gritos de Valentina durante el ataque del viernes. Los vecinos, pensando en un posible caso de maltrato, llamaron a las autoridades. Apenas le abrí me sentí apenado y furioso. Tuve que explicarles la situación. Ambos policías entendieron apenas vieron cómo Valentina temblaba y gritaba sin motivo aparente. Incluso pedimos una ambulancia y fuimos al hospital. Pero cuando ya estábamos en la sala de urgencias ella se calmó, por lo cual tuvimos que devolvernos sin que nos atendieran. Sentí como todos los de la sala nos miraban. Apenas pude cubrir mi cara mientras abrazaba a Valentina y salíamos del hospital.

Apenas llegamos a la casa en verdad estaba molesto. Ella sólo callaba. Pensé en reclamarle, en decirle que estaba cansado de estas escenas vergonzosas. Incluso pensé en llevarla a casa de mi suegra y descansar finalmente. Pero opté por simplemente quedarme callado. Ninguno habló por

el resto de ese viernes. Simplemente nos acostamos a dormir. La verdad estaba tan cansado que me dormí apenas puse la cabeza sobre la almohada.

El sábado, cansado como estaba, me levantó el hambre. Ahora que lo pienso, ella también debía tener hambre, pero creo que por la pena no me dijo nada. Me levanté, ya más tranquilo, y le hice el desayuno. Ya me estaba volviendo experto en hacer huevos y café. Antes de la fiebre de Valentina ella lo hacía todo. La verdad yo poco cocinaba, pero ahora sabía incluso cuánta sal le gustaba a ella. Desayunamos en silencio. A la hora del almuerzo pedí pollo apanado para que me sirviera tanto de almuerzo como de comida. La verdad no quería cocinar y Valentina no estaba en facultades para hacerlo. Intenté hablar con ella poco después, pero ella respondía de manera monosílaba. Incluso ni siquiera se bañó, creo que llevada por una depresión derivada del ataque del viernes. Aunque no gritó ni tuvo alucinaciones, fue un sábado triste.

Ayer, un poco más descansado, tuve que planchar y lavar. Llamé a mi madre y miré en internet cómo funcionaba la lavadora, pues nunca había lavado. Se me olvidó echar el jabón en polvo, por lo que tuve que esperar un ciclo para volver a lavar. Me sentí un idiota, (aunque fuera un ingeniero), y después extendí la ropa. Me di cuenta el gran trabajo que llevaba hacer todo. Entonces entendí a Valentina. Cuando ya llevaba la mitad de la ropa extendida, empecé a escuchar los gritos de ella en el tercer piso. Entonces suspiré, cansado de todo, y dejando la ropa me apresuré hacia la habitación. Allí la encontré de nuevo gritando sin cesar, con los ojos cerrados y prácticamente arrancándose el cabello, como quien no quiere hacer algo, pero igual no puede evitarlo. Así que me apresuré a tomarla de las manos, y al ver el desespero y la angustia en sus ojos, no pude hacer más que empezarle a mecer el cabello y darle besos en la cabeza para calmarla. Y esto funcionó, pues casi de inmediato dejó de gritar. Apoyó su cabeza en mi pecho, y allí se quedó por un tiempo hasta que se quedó dormida. Poco después bajé y extendí el resto de la ropa, mientras aún tenía la imagen de su pálido rostro en mi mente. En verdad se veía afligida, por lo que sentí un gran vacío en mi pecho, como quien quiere llorar. Incluso se me complicó la respiración, pero simplemente respiré con profundidad y seguí con los quehaceres.

12 de marzo de 2019:

-¿Quién es esa perra?! -exclamó Valentina furiosa apenas llegué a la casa de la oficina.

Yo estaba cansado, y la verdad no quería discutir. Sólo quería comer algo y acostarme a dormir. -
¿Cuál? -pregunté resignado.

-La rubia que vi en el primer piso. ¿Es su moza? -preguntó.

-¿Cuál rubia? ¿De qué me habla? No hay nadie -dije molesto. No quería en verdad continuar con la situación.

-No me engaña. Hasta acá huelo su perfume barato. ¿O acaso me cree loca?

Entonces pensé en responderle: «Sí, creo que está loca y ya no quiero seguir con esto». Pero me contuve. No sería digna de mí una respuesta semejante. Así que dije: -No hay ninguna mujer abajo. Si quieres vamos y revisamos.

-Ya se debe haber ido. Pero yo me di cuenta. La escuché hablar -insistió. Sus ojos echaban llamas, y su rostro pálido mostraba mucha molestia. En verdad estaba celosa.

Yo miré para arriba por acto reflejo, hice una mueca y finalmente dije: -No hay nadie. No sé de qué me hablas, y no voy a discutir más; pero debes saber que te amo y eres la única mujer que me importa. Y te seguiré acompañando en esta situación. No necesito otra mujer.

Ella intentó seguir la discusión, pero simplemente no pudo. Así que se volteó en la cama mientras yo simplemente me acostaba. Se me había quitado el hambre, así que simplemente me acosté a dormir. Supuse que ella había tenido una nueva alucinación producida por la fiebre, que pude notar que estaba alta.

13 de marzo de 2019:

Valentina me mencionó de nuevo la rubia que creyó haber visto el día de ayer. Aunque inicialmente estaba molesta, finalmente pude convencerla de que todo era causa de la enfermedad. Estuve en el teléfono con ella casi dos horas desde la oficina. El detalle de sus alucinaciones era sorprendente, pues parecía no solo verlas, sino que las oía, las olía y las sentía. El jefe finalmente me llamó la atención después de la llamada, y con justa razón. Estuve aburrido el resto del día en la oficina a causa del llamado de atención y de la situación en la casa. Debo ser sincero: Apenas salí de la oficina no quise volver a la casa. Mentalmente me estoy cansando. Sin embargo, tomé un bus lleno de gente y llegué a mi hogar. Valentina no me mencionó nada de la mujer rubia, pero vi que ni siquiera se había bañado. Ya empezaba a oler mal. No estaba maquillada y el pelo era una maraña. Ya llevaba varios días sin bañarse.

Aun así, llegué y le di un beso en la cabeza, le preparé la comida y le di unos chocolates que había comprado camino a casa y que sé que a ella le gustan. Apenas vio los chocolates vi un rayo blanco en sus ojos mieles, como si de repente tomara conciencia. Un atisbo de felicidad iluminó su rostro. Entonces me miró y sonrió, incapaz de hablar. Los comió emocionada, mientras algunas lágrimas salían de sus ojos. Yo también sonreí y la abracé.

-Saldremos de esta -le dije a ella, aunque lo dije más por convencerme a mí mismo.

Ella me devolvió el abrazo y dijo con voz quebrada: -Espero que sí. Estoy cansada de estar loca.

Esto me rompió el corazón, y me dio más bríos para seguir apoyándola. No puedo dejarla sola en este momento. Me sería más fácil dejarla sola si estuviera en todas sus facultades; pero en este momento no puedo, aunque en verdad sea una prueba difícil de superar.

16 de marzo de 2019:

Esta semana mis suegros decidieron ayudarme con Valentina llevándosela a la casa. En verdad todos estábamos preocupados porque ella quedaba sola todo el día. En su trabajo tuvimos que pedir vacaciones adelantadas, y yo no puedo pedir aún vacaciones porque las pedí para la semana santa (la tercera semana de abril para este año). Antes de su primer ataque compré dos pasajes a Cancún para esa fecha. Espero que ella ya esté bien para el viaje.

Hoy me levanté muy temprano (aunque me hubiera gustado dormir más y descansar), y fuimos al médico. Llevé este diario para explicarle al doctor sobre los ataques. Le envió más medicamentos al ver que las primeras fórmulas no le servían. Espero que estas le sirvan. Este fin de semana yo voy a cuidar de ella, pero el lunes sus padres vuelven y se la llevan. Es lo mejor. Además, para mí también es un respiro, pues es agotador tener que cuidar a alguien enfermo y además cumplir con el hogar y el trabajo. Cuando vivía con mis padres en verdad mis quehaceres eran pocos, y cuando Valentina estaba sana no cambiaron mucho mis obligaciones; pero ahora hasta tenía que aprender a cocinar. Fue tal el cambio, que antes ni siquiera sabía encender la estufa; y ahora estaba aprendiendo a hacer pasta, que es lo que a ella más le gusta. Este fin de semana voy a aprender a preparar *spaghetti* para que ella esté un poco feliz. La enfermedad la ha llevado a deprimirse, por lo cual una enfermedad está naciendo de otra, y, según el médico, todo esto puede agravarse.

22 de marzo de 2019:

Hoy fui a casa de mis suegros por Valentina. Fui en bus hasta el otro lado de la ciudad y la traje en taxi. Mi mal humor ya empieza a notarse, pues siento más obligaciones. Aun así, nada digo y sigo resignado a cuidar a mi amor. Pero mis suegros ya se dieron cuenta de mi cansancio y mi disgusto. Me preguntaron si quería que ella se quedara con ellos; pero no, pues, aunque a veces no me sienta conforme, es mi mujer, es mi responsabilidad; no de ellos (aunque sea su hija). Mientras yo pueda cuidarla los fines de semana lo haré. No pienso botar a la basura todos los momentos maravillosos que ella me regaló, y creo que son esos momentos los que me apegan a ella.

Mientras iba en el taxi, y la veía cabizbaja y callada, suspiraba y pensaba en los momentos felices, cuando era ella quien me servía la comida, cuando me cuidaba cuando tenía fiebre, cuando me apoyaba cuando tenía algún pasatiempo o emprendimiento, cuando me impulsaba cuando me veía derrotado. Quizás lo que yo estaba haciendo era agradecerle, pues muy probablemente si ella no fuera ella, ya hubiera desistido de esta empresa y simplemente les hubiera delegado la responsabilidad a sus padres.

Apenas llegamos a la casa la sentí inquieta. Balbuceó algo sobre algunas mujeres que ella pensó había estado en la casa (lo cual no era cierto), y se puso un poco molesta; pero por lo menos no gritó ni tuvo algún ataque. Simplemente la dejé hablar hasta que finalmente se desahogó, se cansó y se fue a dormir, no antes de comer pan con chocolate que le había preparado. Lo tomé como una escena de celos causada por su depresión y su enfermedad. Puede ser una alucinación o, de pronto, una inseguridad causada por su estado actual. Espero que mañana sea un mejor día.

25 de marzo de 2019:

Hoy es lunes festivo. Todo el fin de semana estuve con Valentina, intentando que la situación actual fuera más llevadera. Pero siento que ella está cada vez más distanciada de mí. Me gritó varias veces que no me amaba el sábado pasado, mientras me increpaba sobre dos supuestas mujeres que habían estado en la casa cuando ella estaba con sus padres. Además, cuando intenté hacer que se bañara se puso furiosa, diciéndome que ella no era un animal y que sencillamente no quería bañarse. Su fiebre estuvo alta el sábado y el domingo, pero hoy ya bajó un poco. Intentamos ver

una película y se quedó dormida en mi regazo, mientras yo simplemente la peinaba. Fue un momento de descanso y alegría para mí. El pensar que mañana tengo que ir por más medicamento después del trabajo me da pereza, pero el recordarla dormida en mi regazo me motiva. Hace poco mi suegro llegó por ella para llevarla a su casa y que ellos la cuiden entre semana. Admito que descanso un poco, pero esta situación en verdad me molesta. Me molesta estar solo en mi casa, pues es un hogar de dos. Me molesta tener que hacerme mi comida, pues, aunque la preparación es molesta, es más molesto no tener la calidez en la comida, no tener el amor de la preparación, simplemente comer por comer. Me molesta acostarme a dormir solo, pues la cama se siente fría, aunque la noche sea cálida. Toda la situación me molesta, y espero que acabe pronto.

28 de marzo de 2019:

Mañana tengo que ir por Valentina. He llamado todos los días a mis suegros para ver el estado de mi amada, pero al parecer la situación va empeorando. Tuvo dos ataques de pánico durante la semana, donde gritó y tembló, e intentó de nuevo cortarse el cabello; pero mi suegra lo evitó. Me niego a enviarla a un hospital psiquiátrico, pues tuve una experiencia similar con una tía y sé que esos sitios son más una prisión que un hospital. Así que llamé a mi madre para contarle la situación y pedirle consejo, pues siento que esto se está prolongando más de lo que quiero, y me aterra pensar que esto sea para siempre.

-¿Qué quieres hacer? -preguntó mi madre.

-No lo sé -respondí.

-¿Amas a Valentina?

-Claro que sí.

-¿Quieres que ella sane?

-Sí.

-¿Y si no sana?

Quedé petrificado al escuchar esto, y respondí: -No lo sé.

-Debes tener eso presente, pero por ahora, si lo que quieres escuchar es: «déjala», no lo voy a hacer. De hecho, creo que lo que estás haciendo es lo correcto, y debes seguirlo haciendo, por lo menos hasta que en verdad sientas que es suficiente.

Esta respuesta me dio bríos, pues me hizo saber que lo que estaba haciendo valía la pena, que estaba en lo correcto. Ése era el impulso que necesitaba en ese momento.

-¿Es suficiente o puedes aguantar más? -me preguntó mi madre finalmente.

-Puedo aguantar más. Puedo hacerlo -respondí más motivado-. Mañana iré por ella y seguiré cuidándola, hasta que finalmente el medicamento funcione. Gracias mamá.

29 de marzo de 2019:

Los compañeros de la oficina me invitaron a salir con ellos. No es la primera vez que lo hacen, y no es la primera vez que los rechazo. Tenía que ir por Valentina a donde mis suegros, lo que implicaba ir al otro lado de la ciudad. No puedo negar la desgana, pero debía hacerlo. Incluso, quien me invitó fue una compañera que me coquetea de tiempo atrás. Nunca le sería infiel a Valentina, pero sí quería tomarme una cerveza.

Cuando llegamos a la casa Valentina empezó a reclamarme.

-¿Dónde está la mujer de pelo negro del mercado? -preguntó como reproche.

Yo suspiré, pues sabía que ella estaba teniendo alucinaciones. -No hay ninguna otra mujer -respondí un poco malhumorado. Dejé de irme con los compañeros de la oficina por cuidarla. Ignoré otra mujer porque deseaba verla desde el inicio de semana; y ahora teníamos una discusión sin sentido.

-¡Deje de mentirme! -exclamó casi gritando. Temí que se pusiera a gritar como en ataques anteriores, pero no fue en esta ocasión.

-¡Ya! -finalmente grité, cansado-. No hay otra mujer. La única mujer por la que me parto la espalda y por la que me juego la vida es la que tengo al frente -añadí vehemente.

Valentina pareció entrar en razón entonces, por lo que bajó la cabeza y me abrazó. -¿Por qué no me dejas? -preguntó-. Déjame, que no mereces esta situación.

Pero yo negué con la cabeza. -No, amor, no te voy a dejar mientras me queden fuerzas -respondí.

-Estoy loca, veo cosas, grito y actúo por impulso. Me paralizó por fantasmas imaginarios y sucesos que me invento, y no tengo motivación para nada. Ya se te nota el mal humor y el cansancio. Incluso hoy no te afeitaste, y siempre lo haces. No quiero arrastrarte a mi depresión y a mi locura.

Entonces la abracé y le besé la frente, y le dije: -Yo decido hasta donde acompañarte.

Después de la conversación pareció calmarse. Hasta este momento no ha tenido un ataque.

15 de abril de 2019:

¡Adiós Cancún! ¡Maldita sea! Llegaron mis vacaciones y Valentina no mejoró. Estuve intentando cambiar la fecha del viaje, pero tenía un costo adicional, costo que prácticamente equivale a comprar de nuevos los tiquetes. Perdí el dinero y, según veo, también mi descanso; pues estas vacaciones estaré cuidando a Valentina. Finalmente ella tuvo que renunciar al trabajo, por lo cual se doblaron mis gastos. Incluso tuve que pedir un crédito para estabilizar por ahora las finanzas. Esta situación en verdad se pone cada vez más difícil.

Durante estas últimas semanas Valentina sólo tuvo un ataque, el domingo 7. Aunque no gritó empezó a temblar incontrolablemente, y quedó paralizada como una estatua de mármol, sentada en la cama. La verdad me costó un poco calmarla, pero como fue en horas de la tarde no me pareció tan estresante. Además, ya la administración del conjunto y los vecinos conocen del tema y, la verdad, han sido muy comprensivos.

Pero, aunque no tuvo más ataques, la depresión se apoderó de ella. No se levanta de la cama ni para bañarse. Lloro mucho y debo llevarle la comida a la cama (y la verdad come muy poco). Habla muy poco y me ignora constantemente. La verdad a veces no sé qué estoy haciendo; pero por momentos le brillan los ojos al mirarme, y le sale un «gracias» y un «te amo», y entonces veo que todo vale la pena. Ya me estoy preparando mentalmente para dedicarme estos días de vacaciones a estar pendiente de mi amada. No es mi plan favorito; pero es lo mejor.

19 de abril de 2019:

¡Ha sido el peor día de mi vida! ¡Ya no puedo más! Hoy me quebré finalmente. Fui a comprar leche y huevos, pero la tienda estaba llena, por lo que me demoré un poco. Cuando llegué, desde antes de abrir la puerta sentí un olor desagradable. Apenas entré vi que las paredes estaban llenas de lo que parecía ser heces, y Valentina gateaba en el suelo cual animal. Lloraba mientras lo hacía, como arrepentida. Entonces me vio y, como un perro asustado, se apresuró a irse a un rincón y allí se quedó agazapada, tiritando, como quien espera ser apaleado.

-Si no hago esto esa bestia de seis patas que está en el segundo piso me va a matar -dijo mientras temblaba y miraba al piso-. El olor la espanta -añadió.

Las lágrimas se escaparon de mis ojos. ¿A qué había sido reducida la mujer de mi vida?! ¡Ahora andaba en cuatro patas como una bestia salvaje y manchaba la casa como un chiquero! Cerré la puerta y me apresuré a limpiar las paredes. La verdad poco asco me dio, aunque el sitio apestaba, pero me dominaba más la tristeza que el repudio o la ira. Limpié en muy poco tiempo las paredes y subí a Valentina al baño. Ella, cabizbaja y sin decir una sola palabra, no opuso resistencia. Le bañé el cuerpo y le cambié la ropa. La ropa sucia tuve que lavarla inmediatamente. Al mismo tiempo que trapeaba todo el suelo. Nunca imaginé estar en esta situación. Mientras hacía todo esto no podía dejar de llorar. Ya estoy cansado, y la verdad no creo poder aguantar mucho más tiempo. Probablemente mañana la llevaré a casa de sus padres y romperé con la relación. He hecho lo posible, pero el ver así a mi mujer es supremamente doloroso. Ya las fuerzas se me escaparon y la situación me ganó. No tengo muchas esperanzas con las nuevas recetas. Creo que es hora de acabar esto.

21 de abril de 2019:

Ya estoy más calmado. Ayer estuve pensando mucho la situación, y no puedo desistir. Es la mujer de mi vida, y ella me necesita. Asumí que su comportamiento fue por una alucinación; una bestia de muchas patas que la perseguía, así que puedo renunciar ahora. La nueva receta parece funcionar, pues ni ayer ni hoy tuvo ataques, incluso no ha llorado, y hablamos sobre la situación y su actitud del viernes. Me pidió perdón y me dijo que ella era consciente de lo que hacía, pero no podía detenerse; era como si el impulso se impusiera sobre la razón. Esa conversación y el verla un poco más lúcida me ilusionan. Quizás pronto todo volvería a la normalidad.

24 de abril de 2019:

A veces me siento triste porque a mi amada no le gustan algunos platos que cocino. Pero son nimiedades. La verdad estoy muy feliz con que no haya sufrido ningún ataque últimamente. Incluso el día de hoy se levantó, se bañó y me hizo el desayuno. Sigo en vacaciones y finalmente no viajamos, pero estar a su lado sin estar preocupado por su enfermedad es más que suficiente para hacerme feliz.

30 de abril de 2019:

¡Estoy feliz! Valentina responde muy bien a los nuevos medicamentos. Duerme toda la noche sin temblar siquiera, se levanta temprano llena de energía y se apresura a bañarse y a hacer el desayuno. Su sola presencia irradia luz, e ilumina toda la habitación. Sonríe con alegría y sus ojos mieles brillan. Habla animada, me abraza a menudo y me da un beso con dulzura cada que puede. Es como si de repente el infierno hubiera quedado atrás y ahora estuviera en el paraíso, recompensado por ese ángel ahora sano de cabello negro y piel blanca.

8 de junio de 2019:

Hace meses Valentina es quien se ocupa de la casa. Hablamos todo el día, sobre todo. Todas las noches me da muchos besos y me abraza como si no me quisiera dejar ir (incluso a veces me muerde, pero por una ansiedad de felicidad). Me agradece incontables veces y en ocasiones llora de felicidad. Incluso ya estamos planeando para el próximo año de nuevo el viaje a Cancún.

Los medicamentos finalmente hicieron efecto después de dos meses en verdad complicados. Al parecer la fiebre y las alucinaciones no tenían relación, pues el tratamiento empleado es para demencia. Según el médico, la fiebre fue sólo una coincidencia, y por eso fue tan complicado el diagnóstico.

Sé que habrá días difíciles, días en los que los medicamentos se acaben y no podamos comprarlos, o que de repente ella tenga un ataque fuera de lo normal, pero no dudo que voy a estar preparado para esos momentos.

Hace poco uno de mis compañeros me preguntó si había valido la pena tantos sacrificios por ella; incluso rechazar a mi compañera de trabajo, perder un viaje y sacar un crédito bancario; y ahora que la veo en la cocina, con delantal azul, cantando y sonriendo, puedo decir con propiedad que valió oro cada minuto a su lado.